

Uds., cuidaré de sus ropas y de sus comidas; donde vayan Uds., yo también iré.

No resultó desagradable compañía la de Mena: era hacendosa y trabajadora y parecía quererlos bien a todos. Cuando volvían de sus andanzas, rogaba que le contasen la aventura. Ramón adornábala con todos los detalles y los demás escuchaban maravillados. En la relación, cada uno adquiría proporciones gigantescas. Aunque no decían nada, agradecían al compañero que tan bien sabía narrar sus hazañas.

En un gran trabajo, necesitaron de alguien que les avisase la proximidad del peligro. La Mena—que se había ido aficionando poco a poco al oficio—se ofreció. La admitieron, a pesar de Juan, quien no creía que pudiera arribarse a nada bueno donde se aceptaban mujeres. Pero resultó; bajaba cerros y saltaba pircas casi con la misma facilidad que ellos, gustaba de sus ejercicios y no conocía el miedo. Desde entonces, fué la habitual compañera de sus correrías.

De estas cosas, Pedro era el único satisfecho; los demás no podían acostumbrarse a que una extraña presenciara sus intimidades y que los tratase como a iguales. Les parecía que Pedro no tenía con ellos la misma antigua confianza. Cada vez que los dejaba para retirarse con la Mena, los demás quedaban hoscos y apesadumbrados. Falta no hacía, era una intrusa en su compañía. ¿A qué se había venido a meter con ellos?

Una vez, habían salido Pedro y Mena. Daniel, Juan y Ramón estaban en lo alto de un cerro, sesteando.

Juan fué el primero que habló:

—Siempre habrán de ser las mujeres las que meten cizaña entre los hombres. Por esta intrusa no somos ya los cuatro los mismos de antes.

Aunque era la primera vez que alguien hablaba así de ella, Juan estaba seguro que sus compañeros pensaban como él. ¡Alguna vez había de desahogar su corazón!

—No hay para que quejarse—repuso Daniel—con las palabras no se llega a nada. Y se tendió boca arriba, mirando el sol.

—Las palabras—sonrió el menor—son armas de mujeres; los hombres las despreciamos.

Y no hablaron más aquella tarde.

Pasó el tiempo. Mena no confiaba mucho en ellos, porque, como mujer, era zahorí y a veces presentía malignidad y rencor en los ojos de los tres. Sin embargo, no tenía razón: ninguno dejó escapar jamás ante ella una palabra cruel, porque habría sido herir a Pedro y no hay que olvidarse que los cuatro eran hermanos. Daniel, callado siempre, era el que le había sabido inspirar más confianza; cuando salían

de aventuras, si no estaba Pedro, sólo se acompañaba con él.

Aquel día habían de salir de madrugada, atravesar unos cerros y llegar en la tarde a los Quillayes, donde les esperaba Pedro, que había preparado un asalto a casa de unos ricos avarientos.

La mañana era diáfana; y el sol y el viento acariciaban la tierra. Adelante iban Daniel y la Mena; más atrás Juan y Ramón. Los caminos eran muy malos, pero ¡qué les importaba! Los cuatro los conocían; además, no les habían amedrentado nunca los riesgos, ni los precipicios. Fueron caminando. Ramón contaba aventuras increíbles que gustaban a Mena, quien a menudo le aplaudía con alegres carcajadas. El sendero se estrechaba y apenas si cabía una sola persona: abajo, un gran precipicio; arriba, el monte cortado a pico y serpenteando entre ambos el camino angosto y falso. En un momento, Daniel miró hacia atrás y encontró clavadas en él las miradas de Juan y Ramón. Se adelantó un poco y caminando lentamente siguió conversando con Mena que iba a su zaga. Quedamente, Juan se apresuró y antes que Mena lo sintiera, de un fuerte empujón la echó a rodar.

Ni un grito, ni un gemido; algunas

ROGAMOS

a los suscritores de provincias que nos indiquen el cambio de residencia en estos meses de verano. Con ello nos ahorran muchos números que, extraviados, suelen perderse. Tiempo y dinero y reclamamos futuros nos ahorran con la atención que les pedimos.

Lea el REPERTORIO y recomiéndelo a sus amigos.

piedras arrancadas de su sitio, que acompañaban la caída vertiginosa. Después, un golpe seco apenas perceptible.

—Adiós, Mena—dijo sonriendo Ramón.

Y ese fué su epitafio.

Nadie miró atrás; siguieron su camino sin preocuparse de la muerte.

Concluido el sendero malo, se reunieron los tres.

—¡Pobre Mena—murmuró Daniel—quién hubiera dicho que iba a caer así!

—Pobre Pedro, dirás—contestó Juan—. La va a sentir mucho, pero es hombre y sabe sobrellevar desgracias.

—Y hay tantas mujeres bien hechas en la tierra—concluyó Ramón.

Al atardecer, llegaron a los Quillayes. Pedro salió a su encuentro. Todos tenían el aire triste y dolorido. Daniel habló el primero y con voz temblorosa por la emoción, contó la caída de la hermana y cómo todos habían tratado de salvarla.

—Ha muerto—dijo Juan y estas cosas no tienen remedio, pero nosotros te consolaremos y trataremos de distraerte.

Pedro no contestó. Oía al principio con semblante espantado y a hurtadillas pasaba el reverso de la mano por sus ojos.

—¡Pobre Mena!

Los demás lo rodearon, tratando cada cual de mitigar a su modo el dolor del compañero. El los escuchaba silencioso, cabizbajo. Al fin, habló:

—¡Ah! si no fuera por Uds., qué triste se me habría hecho la vida!

Y los cuatro sintieron que una gran paz y una gran amistad volvía de nuevo a ligarles para siempre.

(Del tomo *La lámpara maravillosa*. Santiago de Chile 1921).

Quien habla de la

CERVECERIA TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en C. R.

Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS
Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

REFRESCOS
Kola, Zarza, Limonada, Naranjada, Gin-

ger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

SIROPES
Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas. Tiene como especialidad para fiestas sociales la KOLA DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE



COSTA RICA